

a "otro público" y permitan ofrecer "otro teatro", hecho por grupos organizados de "otra manera". ¿Cuántas salas como la Cadarso harían falta en Madrid? ¿Qué iniciativas no están considerando en este instante la necesidad de alzar un teatro importante y regular arraigado en la vida de los barrios? ¿No ha sido, en ese sentido, y pese a las ínfimas condiciones de su sala teatral, claramente positiva la experiencia de Prosperidad?

Si el Centro Dramático Nacional es el lujo de una minoría madrileña, protestaremos en su día. Pero si se engrana dentro de una política cultural consecuente, será injusto no reconocer que supone un claro avance con respecto a las instituciones teatrales de la época anterior.

■ J. M.

ARTE

Nada más acabar mi estancia en Caracas, formando parte integrante del Primer Encuentro Americano de Críticos de Arte y Artistas, y ya de regreso aquí, en España, me encuentro con que la acción perturbadora del verano tiene ya a Madrid prácticamente sin exposiciones. Hay otra, de otro americano —el argentino Ovejero— en el Club de Prensa. Ya la comentaré cuando tenga fotos. Hay otra exposición, la grande de la Bau-

haus, en la Fundación March. Pero esa, cuando tenga la documentación gráfica, tendré que sacarla de esta sección para incluirla en artículo especial. Pero tengo ahí esa, la del "grupo seis" —o la del grupo de los seis, dominicanos— en el Centro Iberoamericano de Cooperación, que así se llama ahora el antiguo Instituto de Cultura Hispánica. No me importa insistir con América y con los americanos: el porvenir es de ellos —sobre todo de los hispánicos—, pues tengo la impresión que la otra América está hecha con materiales viejos. Qué le voy a hacer si yo prefiero a mi América, la América de mi familia. En Caracas no pude dejar de interesarme por el arte americano, en general, y el venezolano, en particular. Ahora que me acuerdo, puesto que voy a tratar de dominicanos, por allí, por los coloquios, andaba brujuleando —discutiendo, sí, discutiendo— el pintor dominicano Silvano Lora, que ya conocí aquí hace muchos años. Pero ahora se trata de otra gente, más joven que Lora.

Grupo Seis

En la sala de exposiciones del Centro Iberoamericano de Cooperación

Me figuro que el grupo debieron constituirlo seis personas originariamente, y de ahí su nombre. Y me figuro también que el tiempo y las circunstan-



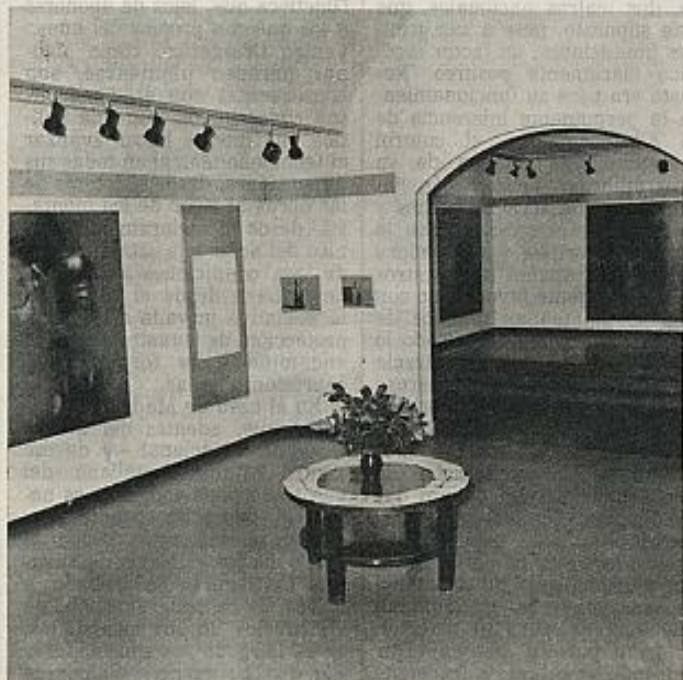
cias debieron suprimir a dos de ellos, por lo menos para esta exposición, porque en la misma, a pesar del nombre, no figuran más que cuatro pintores: Alonso Cuevas, Manuel Montilla, "Kuma" (Ignacio Rincón) y Héctor Rodríguez. Es gente muy joven toda ella. Imagínense que el más viejo —Manuel Montilla— nació, como todos, en Santo Domingo, el año 48. Los otros, todos, nacieron, también en la República Dominicana, entre el 50 y el 53.

He ido hasta esos cuatro pintores para tratar de confirmar en ellos, y desde el punto de vista dominicano, una intuición personal que yo mantengo, sin fanatismo, a nivel del arte americano, que tanto me interesa, y que alguna vez lo expreso a la manera de una dualidad dialéctica entre los artes modernos europeos y americanos. Y lo expreso así: arte europeo moderno, igual naturaleza esencial de la forma; arte americano moderno, igual a forma esencial de la Naturaleza...

Y si he ido hasta la exposición de los dominicanos, para tratar de confirmar en ellos mis intuiciones. No: son muy jóvenes para tratar de extraer de ellos ideas definitivas para todo su mundo cultural... pero ya se apuntan cosas. Alonso de Jesús Cuevas pinta en grandes

formatos —será por eso por lo que se habla de su sentido mural— con un predominio casi deliberado de los colores calientes, en los que las formas quedan opacadas, y aun vencidas, por un sentido de las lejanías en la que, más que intuición espacial, hay una como entrega al sentimiento vencedor de las distancias. Manuel Montilla tiene a su pintura mucho más entregada a las intuiciones formales y a las estructuras lineales. Su monumentalismo no se desprende del tamaño de sus cuadros, sino de un sentido que desborda el problema dimensional. Ignacio Rincón es más mesurado en su posible monumentalismo, aunque se apunta en él una cierta conciencia germinal que yo creo que debe tener alguna raíz americana. Y en fin, Héctor Rodríguez... Villaseñor piensa en Morandi cuando ve su obra. Y tiene razón..., aunque en Héctor Rodríguez hay más implicación espacial que en Morandi se reduce siempre a efecto pictórico.

Pero, en fin, el americanismo de ciertos pintores americanos, ¿por qué pretender buscarlo ahora en una exposición de jóvenes —jovencísimos— panameños? Hay que darle más tiempo al tiempo para tratar de confirmar ciertas intuiciones. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN,



Exposición de los dominicanos, en la Sala del Centro Iberoamericano de Cooperación.